

país anhelada por los que le concertaron, porque separadas á la sazón las casas de Olaso y Urquizu, siguió con esta última sus hostilidades el Señor de Butrón, que era el célebre Juan Alonso de Múgica.

Nacieron de este enlace:

1.º Juan López de Gamboa, que sigue esta línea.

2.º D. Bartolomé de Olaso, que casó con D.^a Juaniza de Rezabal, en Vergara, donde formó la rama segunda de que trataremos luego.

3.º D.^a María Beatriz (y no Ortíz, como generalmente se la nombra) casada en Azcoitia con Juan García de Valda y Licona, Señor del palacio de Valda; padres de Hernando de Valda que sucedió en el solar y fundó en 1533 el mayorazgo de Valda, y de Ladrón de Valda, que casó en Oñate con D.^a Inés de Garibay, Señora del solar de Garibay.

JUAN CARLOS DE GUERRA.

(Se continuará)

¡DESPERTEMOS!

«Nada hay que iguale á la agricultura; nada existe de más hermoso, más fecundo ni más agradable; nada más digno de un hombre libre»

Cicerón.

Hablad de la agricultura nacional á un español protegido por la fortuna ó iniciado en una carrera liberal, y observaréis en su semblante una sonrisa burlona, intérprete fiel de su falta de carácter ó de su atraso intelectual.

Es que la palabra *agricultura* no despierta en su imaginación más que la idea de un campesino encorvado sobre la tierra, regándola con el sudor de su frente desde el amanecer hasta que se esconde el sol, de

un laborioso trabajador que arranca de las entrañas del suelo el pan de sus conciudadanos y que sufre, en recompensa de acción tan patriótica y social, toda clase de privaciones y desprecios.

No han despertado aún los tales de su prolongado letargo de glorias y grandezas, y les hace sonreír el que algunos se rebajen á ocuparse de la agricultura, que ellos desprecian porque no la conocen.

La agricultura, fuente inagotable de riquezas, base sólida de prosperidad y nodriza indispensable de los pueblos, es una ciencia vastísima de leyes y principios fijos, sí, pero de aplicación tan variable y circunstancial que la colocan, por su necesidad y su complejidad, á la cabeza de todas las demás.

Hoy en día la explotación racional del suelo agrícola exige conocimientos especiales que permitan realizar con éxito el cultivo intensivo y la mejora de razas, y la ciencia agronómica reclama imperiosamente el conocimiento siquiera superficial de casi todas las demás ciencias, puesto que realmente no es sino un compendio práctico de todas ellas.

Contemplad una industria por demás grandiosa y complicada y en ella admirareis el genio del que la creó; pero observaréis al mismo tiempo que su marcha rítmica y cadenciosa queda invariable, que la materia primera es siempre la misma, y que, aparte algunos perfeccionamientos, el trabajo queda definitivamente establecido.

Pero, por el contrario, si fijais vuestra mirada en la industria agrícola os convenceréis de que no hay nada fijamente estable; terrenos de composición diametralmente opuesta se tocan, la cantidad de agua y de calor varía de un día para otro, las plantas y los animales degeneran, los abonos se pierden, y toda esta variedad constante de factores reclama una aplicación oportuna y acertada de las inmutables leyes que la ciencia suministra.

Y, sin embargo, en nuestro país la agricultura queda abandonada en manos del pobre campesino ignorante y atrasado, a quien se acusa con frecuencia de terco y rutinario, pero sin mostrarle por eso la luz del progreso que le ha de guiar, ni enseñarle el camino que debe seguir.

Si se trazasen paralelógramos equivalentes en longitud á la representación de los intereses primordiales y secundarios en los Parlamentos de Inglaterra y de España y se los sobrepusiese, se vería que mientras los representantes de la agricultura, de la industria y del comercio forman la base de una pirámide sólidamente asentada en el sistema in-

glés, por una casual ironía, la agricultura, fuente de toda riqueza, la misma industria y el comercio, es decir, la representación de los más importantes intereses profesionales, queda absolutamente limitada en nuestras Asambleas públicas, predominando los intereses mezquinos y secundarios.

La pirámide social española con el paralelógramo de la agricultura á la base, queda colocada sobre su vértice, y evidentemente nuestro edificio social se halla sometido á un equilibrio tan poco estable que amenaza derrumbarse. La agricultura no constituye el todo de una nación, pero ella es la base de su riqueza y de su poder, hoy sobre todo en que la fuerza económica es tan importante y tan envidiada como la fuerza de las armas; y si bien es menester que un pueblo posea industriales, comerciantes, hombres de ciencias y de letras, médicos y abogados, también es de desear que estas carreras no absorban todas las energías activas de nuestra juventud ilustrada y distinguida.

Hoy, en que más que nunca presenta dificultades el logro de una posición honrada y lucrativa, hay que recordar que el campo de la agricultura llama á sí á los hombres laboriosos y reclama sobre todo inteligencias directoras, porque los sencillos labradores del suelo no le serán fieles hasta que se les enseñen los procedimientos científicos que permiten obtener abundantes cosechas, y que la influencia asidua y constante de las clases elevadas les mantenga en el campo paterno.

Despertemos, pues, de nuestra tonta presunción, que no nos inspira más que burlas y desprecios hacia las cosas del campo, é interesémonos con afán por la agricultura, que ella nos recreará con los encantos mil de la naturaleza y nos proveerá de abundantes frutos que beneficiarán á todas las clases sociales, pues como decía Sully: *«Todo prospera en un país donde florece la agricultura»*.

MIGUEL DOASO Y OLASAGASTI.

